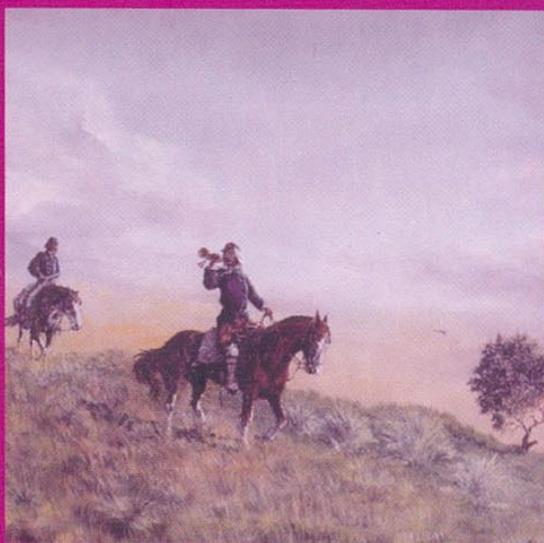


América Latina, realidades diversas

Aula Oberta 2001-2005



Laura Mameli Iriarte / Eleonora Muntañola Thornberg (eds.)



Casa Àmerica
Catalunya

UAB

Universitat Autònoma
de Barcelona

LOS PROBLEMAS PERENNES DE LAS ECONOMÍAS LATINOAMERICANAS: ATRASO, SUBDESARROLLO, POBREZA Y DESIGUALDAD

Mauricio Folchi D.

Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile

Departamento de Economía e Historia Económica, Universidad Autónoma de Barcelona

INTRODUCCIÓN

Una economía puede considerarse “exitosa” cuando: 1, consigue mejorar su nivel de ingreso (lo cual exige un ritmo de crecimiento del producto relativamente alto y sostenido en el tiempo); 2, cuando traduce ese crecimiento en una elevación generalizada del nivel de ingreso de su población; 3, cuando transforma ese crecimiento económico en *desarrollo*, es decir, cuando mejora la calidad de vida y multiplica las oportunidades de las personas.

Considerando estos parámetros, y en términos comparativos con otras regiones del planeta, no puede decirse que América Latina se encuentre en una situación satisfactoria. Tampoco puede decirse que esté en vías de remediar su situación: durante los últimos quince años ha tenido un ritmo de crecimiento relativamente bajo e inestable, con sucesivos episodios de crisis y crecimiento negativo. En muchos países de la región y, especialmente, para cierta fracción de sus habitantes, tampoco se han elevado a niveles dignos los indicadores básicos del desarrollo: la educación y la salud. Además de esto, América Latina sigue teniendo a una proporción intolerablemente alta de su población viviendo en situación de pobreza e indigencia, al mismo tiempo que ostenta el deshonroso primer lugar en el ranking mundial de desigualdad en la distribución del ingreso.

En las páginas siguientes se revisan los problemas fundamentales de las economías de América Latina: el relativo bajo nivel de ingreso (es decir, el atraso económico), el subdesarrollo (o, como se llama ahora, el menor desarrollo relativo), la pobreza y la desigualdad. El espacio que disponemos no permite hacer un examen a fondo de estos problemas, pero intentaremos subsanar esta carencia con algunas indicaciones bibliográficas que pueden ser de interés para el lector deseoso de profundizar en estas cuestiones.

NIVEL DEL INGRESO

A falta de un indicador mejor, el valor de la producción, a pesar de las omisiones que contiene, es una información imprescindible para conocer el tamaño de una economía. Consecuentemente, el valor de la producción *per capita* constituye un inmejorable indicador del nivel de ingreso medio de sus habitantes. Lo que estos datos confirman es que existe una disparidad gigantesca en el nivel de ingreso entre las distintas regiones del mundo (véase gráfico núm. 1). En ese contexto, América Latina viene a ser algo así como la “clase media” del mundo, con unos ingresos que equivalen a una octava parte del ingreso de los países ricos (Unión Europea) y a un poco más de seis veces el ingreso de los países pobres del África subsahariana y del sur de Asia.

537

Desde luego, este nivel de ingreso medio de la región es muy variable entre los países que la integran (véase gráfico núm. 2). En un extremo está Argentina que tiene un nivel de ingreso similar o incluso superior al de algunos países de la Unión Europea (U\$ 10.880 *per capita*), seguida a cierta distancia por países con un nivel de ingreso decoroso como Chile (U\$ 9.820 *per capita*) y México (U\$ 8.970 *per capita*). Luego hay un amplio rango de países cuyo nivel de ingreso se asemeja más bien al de países relativamente pobres — como Rumania, Argelia o Cabo Verde— entre los que se cuentan Colombia (U\$ 6.170 *per capita*), Venezuela (U\$ 5.380 *per capita*) o Perú (U\$ 5.010 *per capita*), entre otros. Por último, hay un grupo de países francamente pobres, entre los que están Nicaragua (U\$ 2.470 *per capita*), Bolivia (U\$ 2.460 *per capita*), y Haití (U\$ 1.610 *per capita*), cuyos ingresos medios son equivalentes al ingreso medio de países como Pakistán, India o Angola.¹

Para poder calibrar lo que estos valores representan, quizá convenga expresarlos de forma más ilustrativa. Podríamos decir, por ejemplo, que con lo que vive un ciudadano medio en Noruega durante un año, puede vivir siete años en Venezuela, nueve años en Guatemala o quince años en Bolivia. También podría decirse que el ingreso medio anual de un solo estadounidense equivale al ingreso medio anual de cuatro mexicanos, diez ecuatorianos, o veintidós haitianos. A la

inversa, el ingreso medio anual de, por ejemplo, un nicaragüense, apenas llega a equipararse al ingreso medio mensual de Holanda y al ingreso medio de 24 días en Irlanda.

Las disparidades actuales en el nivel de ingreso no significan que los países atrasados, es decir, los de menor ingreso relativo, no hayan experimentado ningún crecimiento durante el siglo XX.² Lo que estas magnitudes indican, sencillamente, es que el crecimiento experimentado en América Latina no ha sido convergente con el de los países de mayor desarrollo relativo, lo cual significa, que la brecha del ingreso que los separaba en el pasado no se ha reducido (en muchos casos habría que decir incluso más: que está aumentado).³ Desgraciadamente, no se dispone de datos históricos de crecimiento económico en el largo plazo, suficientemente fiables, para todos los países latinoamericanos, pero sí de algunos casos bastante representativos que, contrastados con la experiencia de las llamadas “economías de colonización reciente” o “neo-europas” (EE.UU., Canadá, Nueva Zelanda y Australia) vienen a constatar que, a lo largo de todo el siglo XX, América Latina no ha experimentado un proceso de convergencia. No cabe aquí responder históricamente, cuándo, cómo y por qué se distanciaron,⁴ pero sí tiene interés constatar que, a pesar de los esfuerzos explícitos por recortar la brecha llevados a cabo durante el siglo XX, y especialmente durante la segunda mitad del mismo, tal cosa no ha ocurrido (véase gráfico núm. 3). En todos los casos puede apreciarse claramente que la distancia de ingreso que los separa hoy no es la más estrecha del siglo XX; que, salvo Brasil, esta distancia es mayor hoy que a principios de siglo; y que en casos como el de Argentina, Cuba o Nicaragua la brecha actual es la mayor de su historia.

538

NIVEL DE DESARROLLO

Sabemos que el *nivel de ingreso* no es un indicador suficientemente representativo de la *calidad de vida* de las personas. Ésta es algo mucho más amplio que, en primer lugar, comprende el estado de salud de la población y su nivel educacional.⁵ Al logro de lo primero, que es un rasgo meramente cuantitativo, lo llamamos *crecimiento*. Al logro de lo segundo, que es un proceso fundamentalmente cualitativo, lo llamamos *desarrollo*.⁶

Si nos fijamos en los indicadores del estado de salud de la población y de su nivel de educación, América Latina se presenta de forma similar que en el ingreso; ocupando una posición intermedia en el ranking internacional, inmediatamente por debajo de las regiones desarrolladas del planeta, pero a bastante menor distancia de éstas que la que exhibe en nivel de ingreso (ver cuadro núm. 1).

Cuadro 1: Indicadores de Desarrollo, en distintas regiones del Mundo.

	Salud			Educación	
	Esperanza de vida al nacer (años)	Mortalidad < 5 años ^a	Mortalidad infantil ^b	Tasa de alfabetización de adultos ^c	Tasa matriculación ^d
América del Norte	78,2	8	6	99	94
Unión Europea (17 países)	77,5	6	5	99	93
América Latina y el Caribe	70,5	34	27	89	81
Estados Árabes	66,3	62	48	63	60
Asia del Este y Pacífico	69,8	42	32	90	65
Asia del Sur	63,2	95	69	58	54
África Sub-Sahariana	46,3	178	108	63	44

Fuente: PNUD, *Informe del Desarrollo Humano*, 2004.

Notas: ^a Tasa de mortalidad en niños menores de 5 años (por cada 1.000 nacidos vivos). ^b Tasa de mortalidad infantil (número de niños menores de 1 año que fallece por cada 1.000 nacidos vivos). ^c Porcentaje de alfabetos entre la población de 15 años de edad o más. ^d Tasa bruta combinada de matriculación en escuelas primarias, secundarias y terciarias (%).

539

En este aspecto, al igual que ocurre con los niveles de ingreso, la disparidad entre los países latinoamericanos es notable. En el último *Informe del Desarrollo Humano* publicado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), seis países: Argentina, Chile, Costa Rica, Uruguay, Cuba y México aparecen en la categoría de países de “alto desarrollo humano”, ocupando posiciones entre la número 34 y 53 del ranking mundial. El resto de países latinoamericanos figura en la categoría de “países de desarrollo medio”, ocupando puestos que van desde el 61 al 121. Por debajo de este rango sólo aparece Haití que, en la posición 153, forma parte del último grupo de países, considerados de “desarrollo humano bajo” (véase gráfico núm. 4).

Hemos dicho que el nivel de ingreso medio por persona no refleja con exactitud aquello que llamamos *desarrollo*, no obstante, hemos usado el IDH para valorar esta dimensión, en circunstancias que éste es un indicador que incluye el nivel de ingreso y, por lo tanto, no sería apropiado para medir estrictamente aquello que está más allá del crecimiento y que llamamos desarrollo. Esta aparente contradicción merece un comentario.

Si bien es cierto que el nivel de ingreso no es equivalente al grado de desarrollo, en la práctica, se da una relación bastante estrecha entre ambas cosas: el grupo de países que gozan de un mayor nivel de ingreso por persona, es también el que ostenta los mejores estándares de salud y educación. Consecuentemente, los países pobres son los que peor nivel de desarrollo han alcanzado, medido en esas mismas dos dimensiones. La explicación de esto es

sencilla: la escolarización y los cuidados sanitarios —servicios por los que cualquier persona tendría alguna preferencia— tienen un costo que sólo puede ser solventado por cierto nivel de ingresos (públicos o privados).

Esta regla general puede verificarse perfectamente para los países latinoamericanos al correlacionar su nivel de ingreso con un índice que recoja sólo el nivel de educación y salud (ver gráfico núm. 5). Prácticamente todos los países tienden a ubicarse próximos al eje diagonal que correlaciona ambas variables.⁷ Argentina es el país de más alto ingreso por persona y también el que mejores resultados tiene en educación y salud. Por el contrario, países como Guatemala, Nicaragua, Honduras y Bolivia son países que tienen los niveles más bajos de ingreso y, al mismo tiempo, los que más modestos resultados tienen en educación y salud. Un caso que merece ser destacado es el de Cuba, que no sigue esta regla general (se la puede ver solitaria en el cuadrante 'D'). A pesar de tener un nivel de ingreso similar al de Perú y El Salvador, Cuba tiene un nivel de educación y salud semejante al de los países más desarrollados de la región (los que ocupan el cuadrante 'B'). El caso sugiere una lectura contradictoria. Por una parte es la prueba de que con poco PIB se pueden alcanzar elevadas cotas de desarrollo mediante una focalización del gasto, pero por otra, sugiere que el hecho de tener una población bien educada y con buena salud no basta para que estos ciudadanos alcancen mayores niveles de ingreso y gocen de un mayor bienestar material.⁸ Los casos de México, Brasil y República Dominicana (los países ubicados en el cuadrante 'A') son el contraejemplo de Cuba. Estos países tienen un nivel de ingreso similar al de los países más ricos de la región, pero obtienen unos resultados en educación y salud claramente inferiores a los que les corresponden de acuerdo a su nivel de ingreso, lo cual es señal, probablemente, de deficientes políticas de educación y salud en el pasado, que han afectado a un amplio segmento de sus habitantes.

540

DESIGUALDAD EN LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

Si existe alguna característica absolutamente distintiva de las economías latinoamericanas en el concierto mundial, ésta es la desigualdad en la distribución del ingreso. Sabemos que los países con peor distribución del ingreso en el mundo, no están en América Latina sino en África subsahariana (Botswana, Sierra Leona y la República Centroafricana), no obstante, Latinoamérica es la región del planeta con la peor distribución que existe (véase gráfico núm. 6).

Existen varias formas para medir el grado de desigualdad en la distribución del ingreso, entre las cuales, el coeficiente de Gini, probablemente, sea

la más precisa, pero la menos evocadora de todas. Otra forma de observar la desigualdad es calcular cómo se distribuye el ingreso total de una economía entre distintos segmentos de la población (percentiles), ordenados de acuerdo a su nivel de ingreso. Esta metodología permite afirmar, por ejemplo, que en Nicaragua el 10% más pobre de la población recibe el 1,2 del ingreso total, mientras el 10% más rico, recibe el 45%. En Chile el 10% más pobre de la población recibe el 1,2 del ingreso, mientras el 10% más rico, recibe el 47%. En Brasil, el 10% más pobre de la población recibe el 0,5% del ingreso, mientras el 10% más rico, recibe el 46%. Ningún país de alto nivel de desarrollo tiene un patrón de distribución tan desigual. En Japón, por ejemplo, el 10% más pobre de la población recibe el 4,8 del ingreso, mientras el 10% más rico, recibe el 21,7%. Aun en EE.UU., que es el país desarrollado con peor distribución que existe, la distribución es mejor que la de estos países; allí el 10% más pobre de la población recibe el 1,9% del ingreso, mientras el 10% más rico, recibe el 29,9%.⁹

¿Cuál es la raíz de la desigualdad en América Latina? Esta es una pregunta importante pero no podemos detenernos a responder aquí, aunque sí cabe puntualizar dos cosas. Primero, que este patrón de distribución tiene detrás de sí un marco institucional injusto, que segrega a unos sectores sociales determinados: principalmente campesinos, indígenas, y marginados urbanos. Segundo, que este marco institucional es el resultado de una larga historia, que, entre otros aspectos, ha definido una distribución de activos muy desigual: en primer lugar el capital natural (la tierra, el agua y los demás recursos naturales), pero también el capital humano (la educación) y el capital social.

Cuando la mala distribución de los ingresos está asociada a un bajo nivel de ingresos, el problema es más grave. Un país de alto nivel de ingreso, quizá se pueda permitir un patrón de distribución desigual, pues aún así, el segmento de la población de más bajos ingresos podrá tener una vida decorosa. Pero cuando es un país pobre el que distribuye mal su ingreso, se produce una situación chocante: se condena a un amplio segmento de su población a vivir por debajo del nivel de vida decente, al mismo tiempo que unos pocos se reservan para sí, un nivel de vida homologable al nivel medio que existe en los países más ricos del mundo.

Un método simple para observar estos dos problemas al mismo tiempo es calcular la distancia que hay entre el ingreso medio del percentil más pobre de la población de un país y el ingreso medio del percentil más rico. En el gráfico núm. 7 —construido con este método— se puede constatar (al cotejar la longitud de la columnas) que, comparadas con países de alto nivel de ingreso como Japón, Noruega, Alemania, Australia o EE.UU., en casi todas las economías latinoamericanas la desigualdad es mayor. El gráfico permite observar cómo en algunos de los países más desiguales de la región: Argentina, México, Chile o Brasil, el segmento más favorecido de la población tiene un nivel de ingreso que

está a la altura del nivel de ingreso medio de los países ricos. En otros casos, donde la desigualdad es similar o peor que la de estos países, pero el nivel de ingreso es mucho más bajo (Nicaragua, Honduras y Paraguay), el ingreso medio de los ricos apenas llega a equilibrarse con el ingreso medio del segmento más pobre de los países desarrollados. Por último, cabe observar un hecho paradójico y triste. En los países latinoamericanos que tienen un patrón de distribución mejor, es decir, similar al de algunos países desarrollados (Bolivia o Ecuador), hasta los ricos viven por debajo del nivel de ingreso medio del segmento de población más pobre de aquellos países.

POBREZA GENERALIZADA

542

El resultado de tener un nivel de ingreso por persona bajo y un patrón de distribución del ingreso muy desigual, no puede ser otro que la pobreza generalizada. Se estima que en América Latina existen 222 millones de personas viviendo en situación de pobreza, lo cual representa alrededor del 40% de la población. De esos 222 millones, casi 100 millones se consideran en situación de pobreza extrema (un 17% de la población total), esto es, al límite de la sobrevivencia.¹⁰

Analizado el fenómeno en perspectiva, se pueden constatar dos cosas importantes (véase gráfico núm. 8). Lo primero es que, si bien el fenómeno de la pobreza es una herencia histórica, ésta se agudizó durante la llamada “década perdida” (1982-1989).¹¹ Fue en esos años cuando la cantidad de pobres del continente pasó de 135 millones a 200 millones. Durante los ‘90, prácticamente todos los gobiernos han expresado, un ay otra vez, su rotunda intención de “combatir”, “erradicar”, “derrotar” o “luchar contra” la pobreza. No obstante, a pesar de las buenas intenciones y los esfuerzos desplegados, el fenómeno no ha menguado. Si bien es cierto, entre 1990 y 1994 se ha conseguido recortar 10 puntos del porcentaje de población pobre, en términos absolutos, el fenómeno no retrocede: en 1990 había 200 millones de pobres; hoy hay 20 millones más.

Si se observa el fenómeno a nivel de países, otra vez nos encontramos con diferencias importantes, tanto en la magnitud como en la tendencia del fenómeno (véase gráfico núm. 9). Hay países, que coinciden con ser los países de menor nivel de ingreso, en los que la incidencia de la pobreza es espantosa: del orden del 60% al 80% de la población (Nicaragua, Honduras, Guatemala, y, aunque no hay datos que lo confirmen, también debe ser el caso de Ecuador y Haití). En el otro extremo hay países, que coinciden con ser los de mejor nivel de ingreso (aunque no mejor distribución del mismo), donde la proporción de población pobre está por debajo del 20% (Costa Rica, Uruguay y Chile).

A nivel internacional, nuevamente los países latinoamericanos aparecen ubicados en una posición intermedia entre los países de alto nivel de desarrollo (donde el fenómeno de la pobreza —medida con sus propios parámetros— alcanza al 15% de la población en el peor de los casos) y los países de bajo nivel de desarrollo, donde los niveles de pobreza suelen estar por encima del 75%. Es de destacar, una vez más, que hay países de América Latina (Uruguay, Chile y Argentina) con niveles relativos de pobreza inferiores a los del Reino Unido y EE.UU. (véase gráfico núm. 10).

Las trayectorias del fenómeno en los distintos países durante los últimos 12 años (período en el que éste se ha observado de forma sistemática), también muestra un panorama disímil. Por una parte hay tres países que han conseguido reducir la pobreza hasta llegar a unos niveles de incidencia poco reprochables. Este el caso Costa Rica (que ha recortado 6 puntos desde 1990) y Uruguay (que ha recortado 8 puntos hasta el año 2000) y muy meritoriamente el de Chile, que ha recortado 20 puntos desde 1990. Luego hay otro grupo de países que han conseguido avances significativos (algunos de ellos han conseguido avances mayores que los de Costa Rica o Uruguay), pero que aún mantienen niveles de pobreza demasiado altos (Brasil, Ecuador, El Salvador, México y Panamá). A continuación hay un grupo de países con unos resultados preocupantes, en los cuales la pobreza se ha mantenido prácticamente inalterada (Nicaragua, Honduras, Bolivia o Paraguay), o bien ha tenido un comportamiento fluctuante, con avances y retrocesos (este es el caso de Argentina y Colombia). Más alarmante son los casos de Venezuela y Perú, donde se observa un agravamiento del problema.

543

EL DESEMPEÑO RECIENTE DE LAS ECONOMÍAS LATINOAMERICANAS

Para elevar el nivel de ingreso por persona, conseguir mayores estándares de bienestar para la población y superar el problema de la pobreza, es condición insoslayable (aunque no suficiente) que las economías tengan un buen desempeño, es decir, que mantengan tasas de crecimiento elevadas del producto de forma sostenida en el tiempo.

Desde principios de los '90, la apuesta generalizada de la región para conseguir tal cosa ha sido la apertura comercial y financiera al exterior, la atracción de inversión extranjera, el fomento de la iniciativa privada y la reducción de la participación e intervención del sector público en la economía. En pocas palabras, se ha buscado el crecimiento por la vía de las "reformas orientadas al mercado". No hay espacio aquí para revisar las circunstancias que llevaron a la adopción de este modelo, ni para discutir los postulados teóricos en los que éste se

sustenta, mundialmente conocido como el “Consenso de Washington”.¹² Tampoco podemos detenernos a examinar el desempeño que han tenido cada una de las economías latinoamericanas durante los últimos años, pero sí podemos apuntar algunos datos que sirven para evaluar la marcha del modelo en el conjunto de la región.

En primer lugar, hay que señalar que el ritmo de crecimiento de este período no ha sido, ni mucho menos, el necesario para converger con los países de mayor desarrollo relativo. Considerada la región en su conjunto, podemos observar que, después de cinco años buenos (1990-1994), ésta ha tenido un desempeño decepcionante: una tasa de crecimiento del PIB por persona promedio del 0,77% anual. Al comparar las tasas de crecimiento promedio del período 1991-2004 (1,16%), con las del período 1961-1980 (1,96%), se hace innegable que, en términos absolutos, con el actual modelo económico se está creciendo menos que con el anterior.

544

Otro hecho que llama la atención sobre este período, es que la región ha sido castigada por tres crisis sucesivas, en un período de tiempo bastante corto, y que todas estas crisis hayan tenido su origen en “shocks externos”, es decir, en situaciones a las que el propio modelo (que tiene como uno de sus pilares la apertura comercial y financiera) la ha dejado expuesta (véase gráfico núm. 11). La crisis financiera mexicana de 1995 (el llamado “efecto tequila”), la crisis asiática de 1997 (que tenía, a su vez, su origen en la desregulación del mercados financieros) a la que se sumó la crisis rusa de 1998, y la desaceleración de los países de la OCDE de 2001-2002, han sido impactos que han afectado gravemente a varias economías de la región, ya sea por la vía del contagio financiero o de la reducción de la demanda externa.

Otro hecho que es de lamentar, es la calidad del crecimiento económico que se ha conseguido con el modelo actual. Si bien el crecimiento económico es siempre positivo (o, por lo menos, lo es en principio), lo es menos cuando los ingresos salariales (que son el tipo de ingreso que se reparte más extendidamente en la sociedad) no experimentan ninguna mejoría. Asimismo, el crecimiento económico tampoco puede considerarse suficientemente bueno cuando no sirve como palanca de creación de puestos de trabajo, sino que, por el contrario, se produce una destrucción neta de empleos.¹³ Las cifras del período 1990-2000, indican que la elevación de los salarios reales se ha venido desacelerando, hasta volverse negativa en los últimos años (es decir, que éstos han caído). La contrapartida de esto, que es el nivel de ocupación, arroja unas cifras entre 1990 y 2002, que no son nada reconfortantes tampoco: la población desocupada como porcentaje de la fuerza trabajo en las zonas urbanas ha aumentado sostenidamente (véase cuadro 2).

Cuadro 2: Desempleo y Salarios en América Latina

Desempleo Urbano (% de la fuerza de trabajo)		Salarios Reales (variación anual promedio)	
1990	5,8		
1994	6,3	1990-1994	0,7
1998	8,0	1995-1998	0,6
2002	8,9	1999-2000	-0,4

Fuente: FFRENCH-DAVIS, Ricardo (2003). "Desarrollo Humano y economía: América Latina en la actual era de globalización". *Revista Latinoamericana de Desarrollo Humano*.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

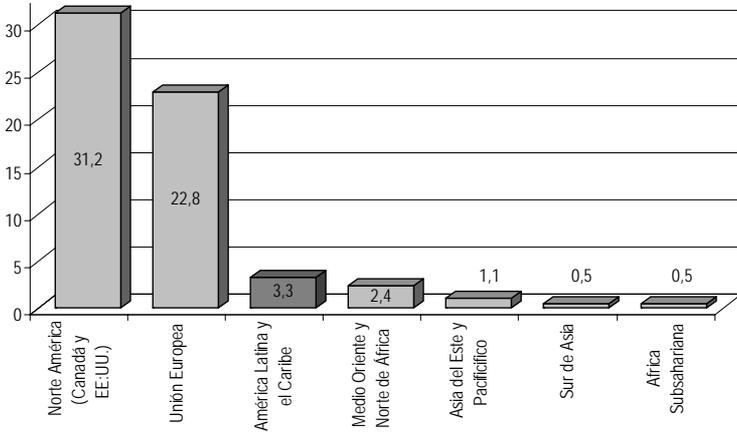
La permanencia del conjunto de problemas que se han revisado aquí podría dejar una impresión excesivamente pesimista de la situación de las economías latinoamericanas. Para ser justos, habría que señalar que hay países como Chile y Costa Rica, que han tenido un desempeño bastante positivo, si no en todas, por lo menos en la mayor parte de las dimensiones aquí revisadas. A estos dos países, bien se les podría excluir del panorama sombrío que sí es válido para sus vecinos. Tampoco es justo omitir que Argentina, a pesar de haber sufrido como nunca en 2002, sigue teniendo un nivel de ingreso medio digno del primer mundo y que conserva los mejores índices de la región en educación y salud. También habría que señalar que una serie de problemas que causaron grandes estragos en el pasado, como la inflación, la carga burocrática sobre la gestión empresarial, ciertos lastres innecesarios sobre el presupuesto público (el sostenimiento de empresas que no eran rentables, por ejemplo), se encuentran hoy prácticamente erradicados de una buena parte de América Latina.

545

Por otra parte, son de reconocer algunos logros importantes de varios países en cuestiones específicas: las buenas tasas de crecimiento de la economía dominicana (3,6%), panameña (2,0%) y nicaragüense (2,0%) de los últimos diez años; el repunte en el índice de desarrollo que han experimentado tres de los países más atrasados de la región (Bolivia, Nicaragua y Guatemala), los que, entre 1990 y 2002, han conseguido recortar entre 4,1 y 5,5 puntos porcentuales la distancia que los separaba de los países de mayor nivel de desarrollo de Latinoamérica; el incremento del gasto social (medido en dólares por persona) que se ha producido en República Dominicana, Perú, Colombia y Guatemala, donde casi se ha triplicado o doblado, entre 1990 y 2001; y el avance en la reducción de la pobreza que han conseguido Brasil, México y Panamá, que han recortado en torno a nueve puntos en incidencia de la pobreza desde 1990.

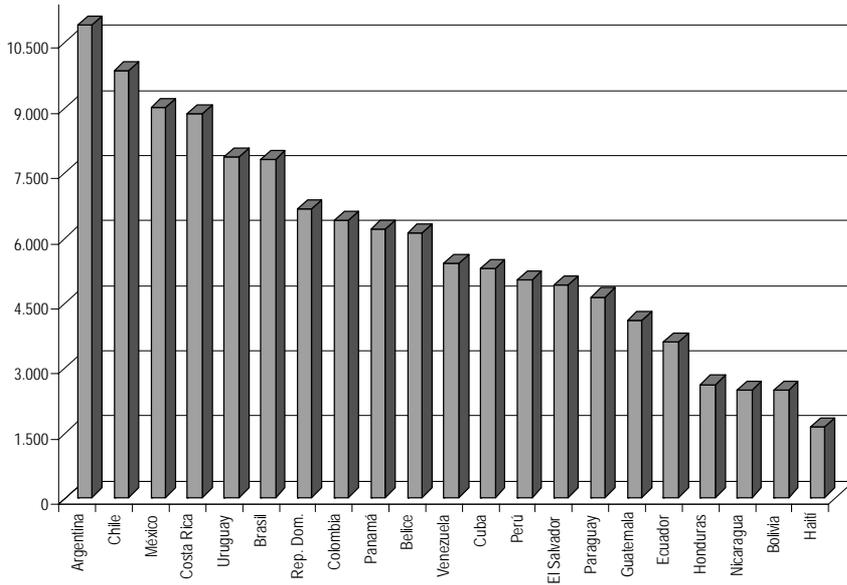
Todas estas señales pueden mirarse con esperanza. Hay ciertas bases institucionales que pueden permitir a estos países encaminarse por una senda de crecimiento sostenido en el futuro. El capital humano con el que cuentan hoy es más, en términos absolutos, que el de hace 20 años atrás (un 9% más en promedio, y el 15% en algunos casos). Hay ejemplos tangibles de que ciertos problemas, como la pobreza, pueden encontrar solución con políticas públicas adecuadas. Por otra parte, después de estos años de experiencia, ya se han reconocido los principales fallos del modelo y se sabe cuáles son los parches que éste necesita. En resumen, no hay suficientes razones para estar satisfechos, pero tampoco las hay para renunciar al optimismo.

Gráfico 1: Nivel de ingreso en distintas regiones del mundo
(Producto Nacional Bruto por persona al año, en miles de USD)



Fuente: BANCO MUNDIAL, *World Development Indicators*, 2003.

Gráfico 2: Nivel de ingreso en los países de América Latina

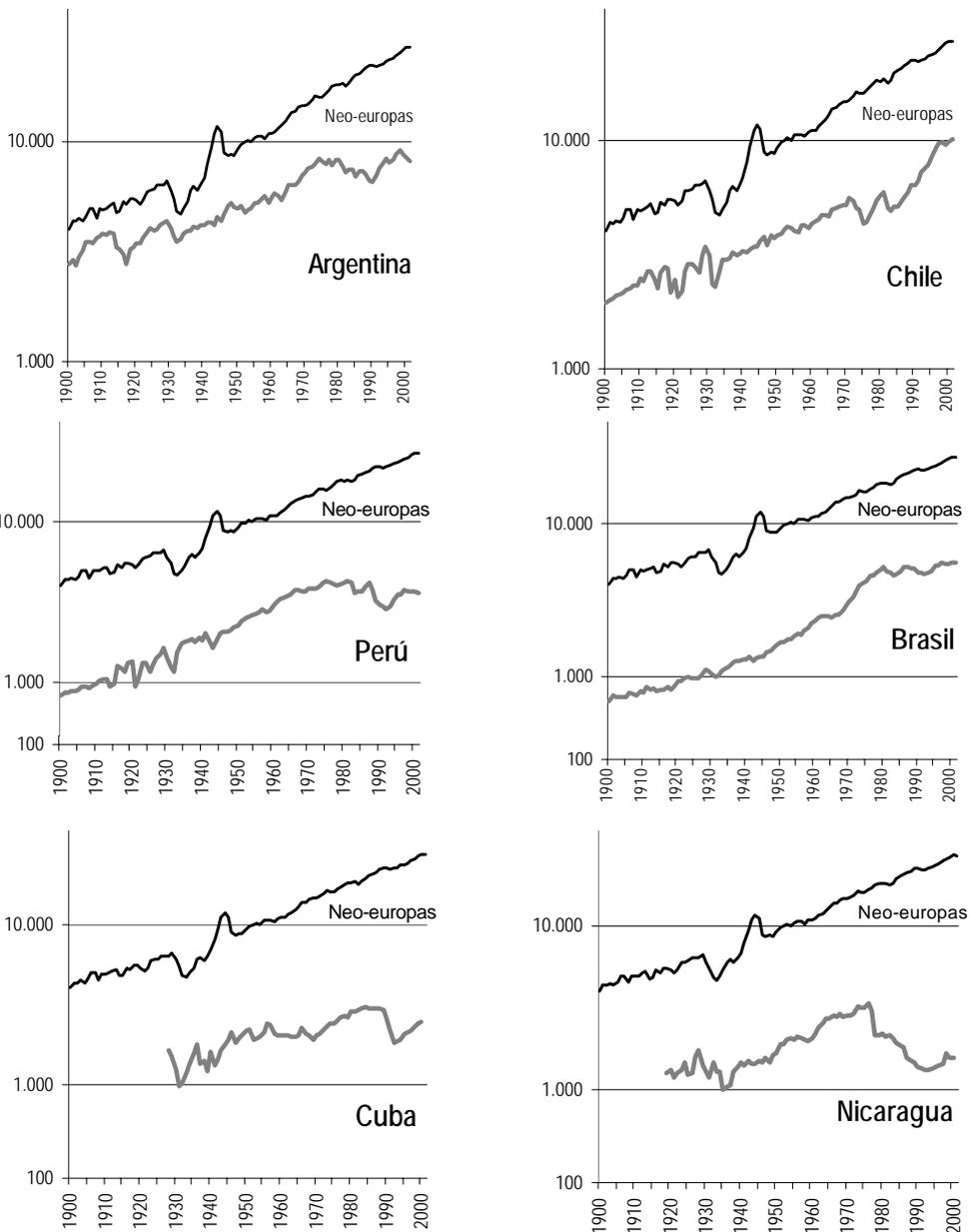


Fuente: PNUD, *Informe del desarrollo Humano*, 2004.

Nota: Los datos corresponden al PIB/capita del año 2002 y están expresados en USD a PPA.¹⁴

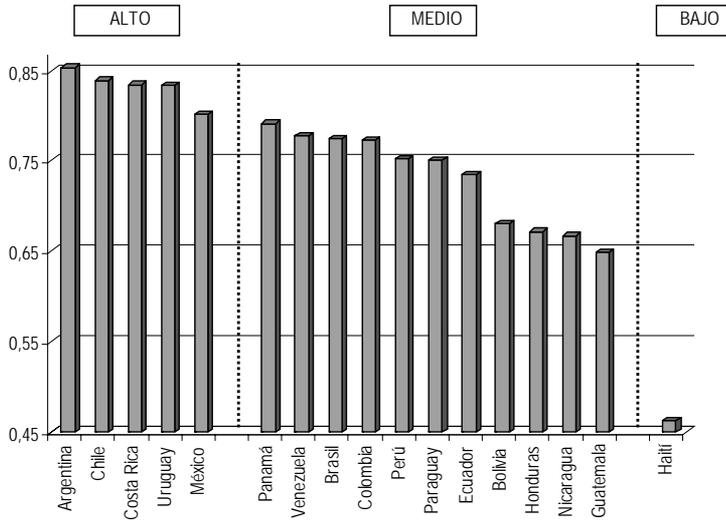
Gráfico 3: Nivel de ingreso medio por persona en países de América Latina a lo largo del siglo XX, comparados con las ‘Neo-europas’.

548



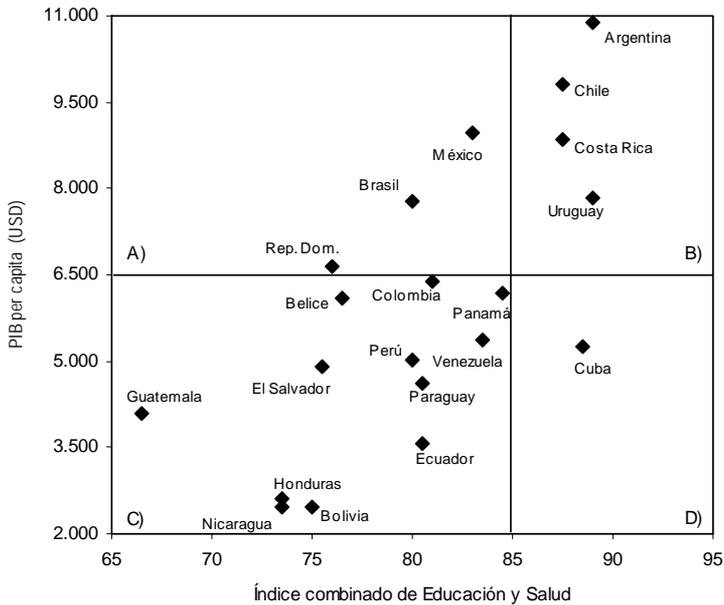
Fuente: MADDISON, Angus: *The World Economy: Historical Statistics*, OECD Development Centre, París, 2003. Nota: Los valores están expresados en dólares internacionales de 1990 (Geaiy-Khamis Dollars) en escala logarítmica.

Gráfico 4: Índice de Desarrollo Humano. Países latinoamericanos¹⁵



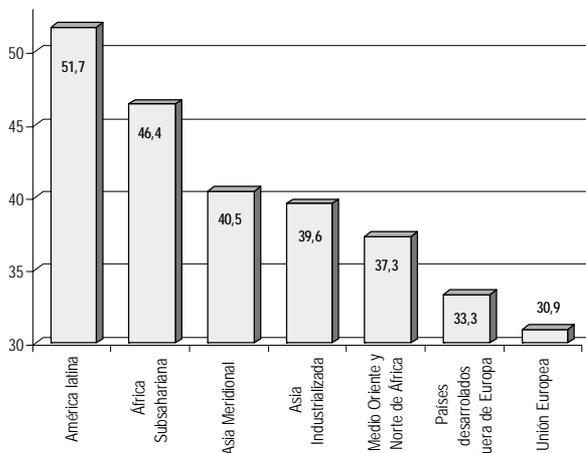
Fuente: PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano 2004*.

Gráfico 5
Relación del PIB per capita con los Índices de Educación y Salud



Fuente: Elaboración propia con los datos del PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano 2004*.

Gráfico 6: Grado de desigualdad en la distribución del Ingreso en distintas regiones del mundo (Coeficiente de Gini)¹⁶

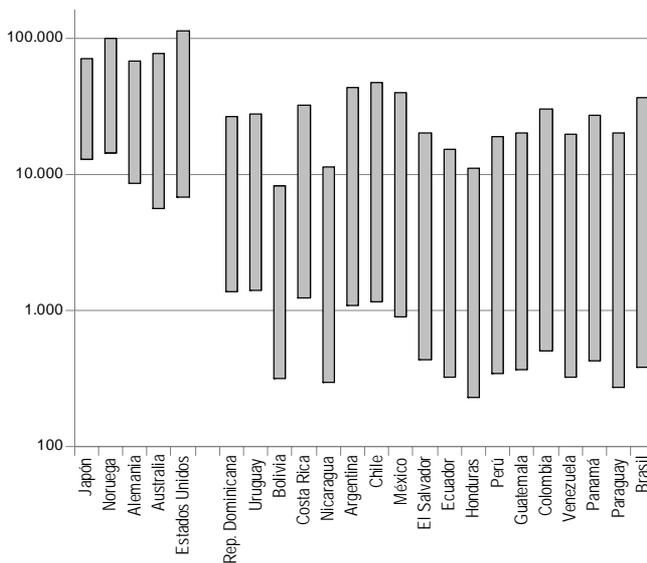


Fuente: Elaboración propia con datos del PNUD, *Informe del desarrollo Humano*, 2004.

550

Gráfico 7: Nivel de ingreso y desigualdad en su distribución

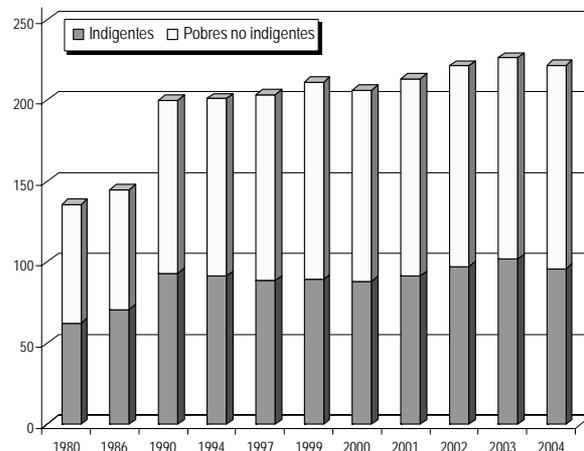
Distancia entre el ingreso medio del 10% más pobre de la población y el ingreso medio del 10% más rico (a PPA).



Fuente: Elaboración propia con datos del PNUD, *Informe del desarrollo Humano*, 2004.

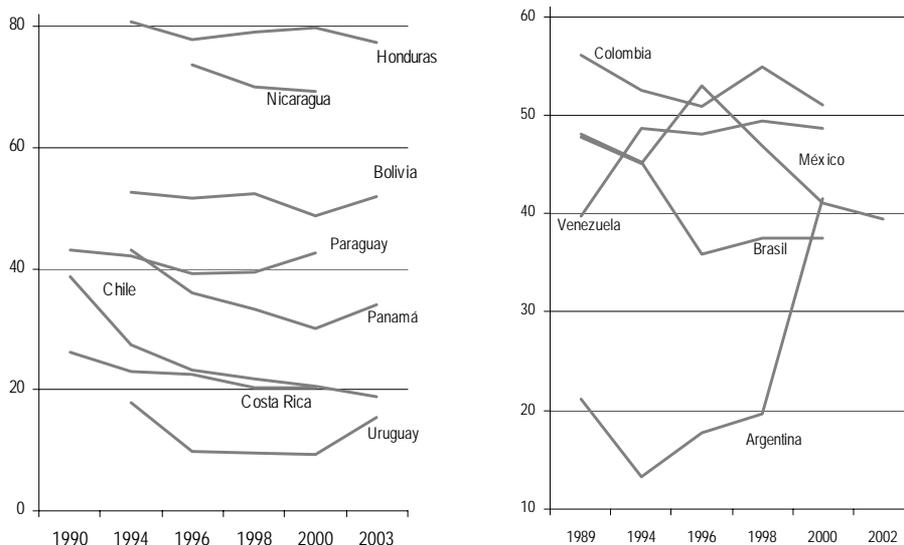
Nota: El valor del ingreso corresponde al PIB *per capita* del año 2002 a PPA, en escala logarítmica.

Gráfico 8: Volumen de pobreza en América Latina, 1980-2004
(millones de personas en situación de indigencia o pobreza)



Fuente: CEPAL, *Panorama Social de América Latina*, 2004.

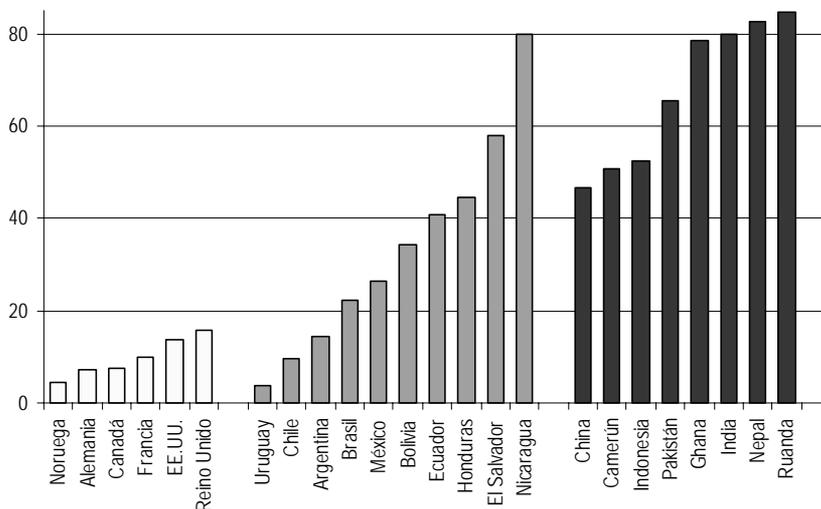
Gráfico 9: Persistencia de la Pobreza por países, 1990-2003
(Porcentaje de la población en situación de pobreza)



Fuente: CEPAL, *Panorama Social de América Latina*, 2004.

Nota: Los gráficos se ha construido con cierta libertad, de forma tal que permitan apreciar la tendencia de la incidencia de la pobreza en estos países. Las escalas de los dos gráficos no es la misma y tampoco son los mismos los años de observación para todos los países, que a veces aparecen desplazados.

Gráfico 10: Incidencia de la pobreza en el Mundo (países seleccionados)
 Porcentaje de la población viviendo por debajo de la línea de la pobreza

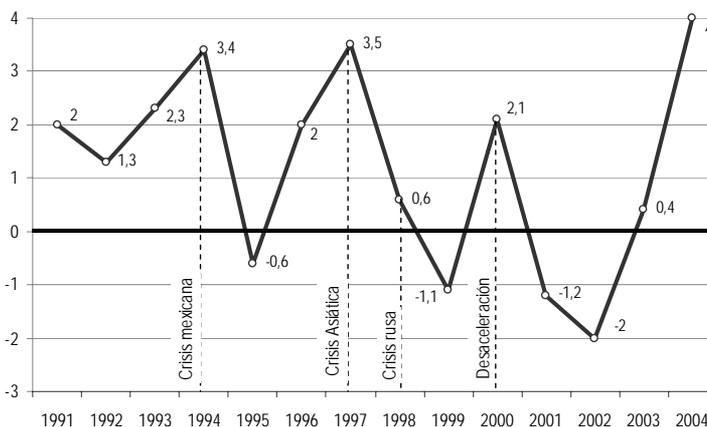


552

Fuente: PNUD, *Informe del desarrollo Humano*, 2004.

Nota: Para los países de alto nivel de desarrollo, la línea de la pobreza está situada en el umbral de pobreza de los EE.UU., de 11 USD diarios (PPA en USD de 1994) por persona en una familia de tres miembros. Para el resto de los países, la línea de la pobreza está situada en 2,15 USD (PPA en USD de 1993). Para los países de alto nivel de desarrollo, los datos se refieren al año más reciente disponible durante el período 1994-1995. Para el resto de los países, los datos se refieren al año más reciente disponible durante el 1990-2002.

Gráfico 11
América Latina. Tasa anual de variación PIB/hab.



Fuente: CEPAL, *Estudio Económico de América Latina*. (varios años)

Notas

- ¹ Todos los valores corresponden al PIB *per capita* de 2002, expresados en USD a PPA (véase nota siguiente). Fuente: PNUD, *Informe del desarrollo Humano*, 2004.
- ² Para profundizar en la historia económica de América Latina son de lectura imprescindible: THORP, Rosemary, *Progreso, pobreza y exclusión: una historia económica de América Latina en el siglo XX*, Banco Interamericano de Desarrollo, Bruselas, 1998; HALPERÍN DONGHI, Tulio, et al: *Historia económica de América Latina desde la independencia hasta nuestros días*, Crítica, Barcelona, 2002; BULMER-THOMAS, Víctor, *La Historia económica de América Latina desde la independencia*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998.
- ³ Sobre este punto volveremos más adelante.
- ⁴ En algún momento de su historia (para la mayoría de los casos hasta fines del siglo XVIII, probablemente) los países latinoamericanos tuvieron un nivel de ingreso cercano al de los países que hoy llamamos desarrollados. La primera explicación acerca del origen histórico de la disparidad fue planteada por Paul BAIROCH, quien sostuvo que ésta había sido consecuencia de la Revolución Industrial. Este argumento puede encontrarse desarrollado en varios trabajos suyos: *Revolución industrial y subdesarrollo*, México, Siglo Veintiuno, 1967; *El Tercer mundo en la encrucijada: el despegue económico desde el siglo XVIII al XX*, Madrid, Alianza editorial, 1973; “Las grandes tendencias de las disparidades económicas nacionales después de la revolución industrial”, en *Historia Económica. Nuevos enfoques, nuevos problemas*, Crítica, 1981, págs. 196-213. Unas estimaciones distintas a las de Bairoch para la historia del crecimiento económico —y que adelantan el origen de la brecha— son las propuestas por Angus MADDISON, *The World economy: a millennial perspective*, Development Centre of the OCDE, París, 2001. Un trabajo reciente que refuerza la hipótesis de Bairoch es el de Kenneth POMERANZ, *The Great divergence: China, Europe, and the making of the modern world economy*, Princeton University Press, Princeton, 2000. Para una revisión no cuantitativa de este tema, específicamente para el caso Mexicano, puede verse a COATSWORTH, John H., *Los orígenes del atraso: nuevos ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.
- ⁵ De acuerdo al PNUD, “el Desarrollo Humano es un proceso mediante el cual se amplían las oportunidades de los individuos”, las más importantes de esas oportunidades son “una vida prolongada y saludable, acceso a la educación y disfrute de un nivel de vida decente” (PNUD, *Informe sobre desarrollo humano*, 1990). De acuerdo a esto, “el propósito del desarrollo consiste en crear una atmósfera en que todos puedan aumentar su capacidad y las oportunidades puedan ampliarse para las generaciones presentes y futuras” (PNUD, *Informe sobre desarrollo humano*, 1994). Los rasgos que definen aquel ambiente propicio para el desarrollo son: aumento de las capacidades de la gente, cooperación, equidad, sustentabilidad y seguridad (*Informe sobre desarrollo humano*, 1996).
- ⁶ Aunque lo amerita, no es posible desarrollar aquí este argumento: la distinción entre crecimiento y desarrollo. El lector interesado podrá profundizar en ello en el trabajo de Amartya SEN, *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000. para el caso específico de América Latina, tiene interés el trabajo de Gustav RANIS y Frances STEWART (2002) “Crecimiento Económico y Desarrollo Humano en América Latina”, en *Revista de la CEPAL*, 78, pp. 7-24, 2002.
- ⁷ A mayor PIB/*capita*, mayor nivel de desarrollo; y a menor nivel de PIB/*capita*, menor nivel de desarrollo.
- ⁸ La situación de Cuba, obviamente merecería un análisis separado del conjunto de América Latina por encontrarse en una situación completamente original. Desde 1958 Cuba tiene un modelo económico absolutamente distinto al de los demás países y, por lo mismo, una relación con la economía internacional completamente singular.
- ⁹ Todos los valores tomados de PNUD, *Informe del desarrollo Humano*, 2004.
- ¹⁰ Para determinar la condición de pobreza o indigencia de una persona se precisa un método. Para estos efectos, en primer lugar se ha definido la categoría de “pobreza absoluta”, referida a algún nivel absoluto de necesidad mínima de una persona (la “pobreza relativa”, en cambio se refiere al retraso con el respecto a la mayoría del resto de la comunidad). De acuerdo a este criterio se han establecido “líneas de la pobreza” en ciertos niveles de

ingreso (equivalentes a esas necesidad mínimas previamente definidas) que marcan la frontera de la pobreza. Una persona es absolutamente pobre si su ingreso es inferior a la línea de pobreza de ingreso definida. El Banco Mundial usa una línea de pobreza fijada en 1 dólar diario por persona (PPA en dólares de 1985) a los efectos de la comparación internacional. Para América Latina y el Caribe se usa una línea de pobreza de 2 dólares por día (PPA en dólares), y una línea de la indigencia de 1 dólar diario por persona (que corresponde al límite de la suficiencia de recursos económicos para satisfacer necesidades alimenticias mínimas). Para los países de Europa oriental y la CEI (Comunidad de Estados Independientes, escindidos de la URSS) se ha utilizado una línea de pobreza de 4 dólares (PPA en dólares de 1990). Para la comparación entre países industrializados se ha utilizado una línea de pobreza que corresponde a la línea de pobreza de los Estados Unidos de 14,40 dólares (PPA en dólares de 1985) por día por persona.

- 554
- ¹¹ La “década perdida”, son los casi diez años de crisis económica que sufrió América Latina como consecuencia de la Crisis de la Deuda, declarada en 1982.
 - ¹² La famosa expresión fue acuñada por el economista norteamericano John WILLIAMSON en 1990. Según él mismo ha explicado, llegó a ella al tratar de definir cuáles eran las ideas predominantes en aquel momento entre los grupos económicamente influyentes de Washington: las agencias económicas del gobierno norteamericano (el Consejo de la Reserva Federal, el Institute for International Economics) y las instituciones financieras internacionales (FMI, BM, BID). Su artículo, titulado “What Washington Means by Policy Reform” (“lo que Washington quiere decir con reformas de las políticas económicas”), levantó un gran debate que se prolonga hasta el día de hoy. Para hacerse una idea del mismo puede revisarse el libro de Manuel GUTIÁN y Joaquim MUÑOZ, *La cultura de la estabilidad y el consenso de Washington*, Barcelona, La Caixa, 1999, que, entre otros artículos interesantes incluye dos artículos de WILLIAMSON. Una visión crítica del Consenso de Washington puede encontrarse en, *Más allá del consenso de Washington: la hora de la reforma institucional*, Washington D.C., Banco Mundial, 1998, de Shahid JAVED BURKI y Guillermo E. PERRY; *After the Washington consensus: restarting growth and reform in Latin America*, Washington D.C., Institute for International Economics, 2003, editado por Pedro-Pablo KUCZYNSKI y el propio Williamson; José Antonio OCAMPO, “Retomar la Agenda del Desarrollo”, *Cuadernos del CENDES*, Año 18. N° 46, Caracas, 2001; STIGLITZ, Joseph, “El rumbo de las reformas: hacia una nueva agenda para América Latina”, en *Revista de la CEPAL*, núm. 80, pp. 7-40, 2003.
 - ¹³ La calidad del crecimiento también se puede evaluar en otros aspectos, como el nivel de deterioro del medio ambiente que, siendo un tema fundamental, no podemos desarrollar aquí.
 - ¹⁴ La Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) es una moneda artificial que permite efectuar comparaciones internacionales en términos reales, es decir, equiparando el poder adquisitivo de las distintas monedas nacionales o, lo que es lo mismo, eliminando las diferencias del nivel de precios existente en los distintos países. Una suma determinada de dinero convertida en dólares a PPA permite adquirir la misma cantidad de bienes y servicios en todos los países.
 - ¹⁵ El Índice de Desarrollo Humano que elabora el PNUD es una combinación de tres índices: el PIB por persona, el índice de esperanza de vida (que no es más que la indexación de la esperanza de vida al nacer) y el índice de educación, que recoge los datos de alfabetización adulta y matriculación en sus tres niveles (educación primaria, secundaria y universitaria).
 - ¹⁶ El coeficiente de Gini mide la desigualdad a lo largo de toda la distribución de los ingresos. Un valor de 0 representa la igualdad perfecta y un valor de 100, la desigualdad perfecta. El valor que se indica corresponde al promedio del coeficiente de los países que conforman cada región.